

bras la historia universal de cuarenta siglos ! Todo para Cristo, Cristo para el hombre, el hombre para Dios.

¡ Admirable filosofía, sí, cuya grandeza pasma al sabio, y cuya sencillez la pone al nivel de la mas humilde inteligencia, pues la experiencia nos ha probado que no hay una sola de esas sublimes verdades que no pueda ponerse al alcance de los niños !

Así pues, Dios, el hombre, el mundo, la promesa, la pintura y la preparacion de Jesucristo, tal es el objeto de nuestras lecciones durante el primer año.

II. — SEGUNDO AÑO.

1. VIDA DEL MESÍAS. — Los tiempos se han consumado : salimos del reino de las sombras y de las preparaciones para entrar en el de la luz y de la realidad. Ahora nuestro primer deber es presentar el Evangelio, segun el dictámen del santo Obispo de Hipona, como el divino comentario y el cumplimiento del Antiguo Testamento ¹.

Por tanto nos apresuramos á enseñar con los Padres de la Iglesia que la Religion nacida con el mundo, conocida de los Patriarcas, dilatada en tiempo de Moisés y de los Profetas, se perfeccionó con el Evangelio; y añadimos con san Ambrosio y santo Tomás que la Iglesia es un estado medio entre la Sinagoga y el cielo; pues el judío no tenia mas que sombras sin realidad, el cristiano posee la verdad cubierta con un velo, y el santo la ve cara á cara y sin ninguna especie de interposicion ². El Antiguo Testamento se manifiesta en el Nuevo, y este se pondrá de manifiesto en la eternidad.

De esta manera hacemos ver á los jóvenes cristianos que su Religion, á semejanza de Dios que es su autor, abraza todos los términos de la duracion; porque existía ayer, existe hoy, y existirá eternamente. Mas aunque ha sido siempre la misma en su esencia, no ha sido siempre igual en su estado, porque ha ido sin cesar progresando, de modo que desde Adan hasta el Mesías las promesas, las figuras y las profecias se han ido desenvolviendo sucesivamente ³, bien como el sol que se eleva lentamente sobre el horizonte y aumenta poco á

¹ Quapropter in Veteri Testamento est occultatio Novi, in Novo Testamento est manifestatio Veteris. (*De Catech. rud.*)

² Illa nobis expectanda sunt, in quibus perfectio, in quibus veritas est. Hic umbra, hic imago, illic veritas. Umbra in lege, imago in Evangelio, veritas in celestibus. (*S. Ambr. de Offic. lib. I, c. 48.*) — Status novæ Legis medius est inter statum veteris Legis... et inter statum gloriæ. — Lex vetus est via ad Legem novam, sicut Lex nova ad cœlestem Ecclesiam, seu ad cœlestem hierarchiam. (*D. Thom. passim.*)

³ Et ea quæ ad mysteria Christi pertinent, tanto distinctius cognoverunt, quanto Christo propinquiores fuerunt. (*D. Thom. 2, q. 2, art. 7.*)

poco su resplandor, ó como la bellota que con el tiempo se convierte en una robusta encina, ó como el hombre en fin que pasa por diversas edades, sin dejar de ser por esto el mismo hombre.

Despues de haber descrito el estado general de los espíritus y la situacion particular de Judea á la venida del Mesías, mostramos como el Hijo de la augusta Virgen de Judá se consagra desde su nacimiento, no á fundar una *nueva* religion, sino á completar la antigua en lo que concierne al dogma, á la moral y al culto, reemplazando los elementos caducos con Sacramentos llenos de gracia y de eficacia, aboliendo los ritos que la adaptaban al pueblo judío, y proclamando él mismo el objeto de su mision con estas luminosas palabras : *No penseis que he venido á abrogar la Ley ó los Profetas: no he venido á abrogarlos, sino á darles cumplimiento* ¹, enlazando de este modo su obra con la obra antigua, ó mejor, enseñándonos que el Antiguo y el Nuevo Testamento no forman mas que un todo, del cual él mismo es el centro, un mismo edificio cuya piedra fundamental es él mismo ².

En la necesidad de abreviar la relacion de sus maravillosas obras, procuramos referir circunstanciadamente aquellas en que se muestra con mas claridad expiator, doctor, modelo, médico de todas nuestras enfermedades, es decir, Redentor y Salvador del género humano en toda la extension de estas grandes palabras: de lo demás hablamos mas sucintamente. Despues de haberle visto nacer, vivir y enseñar como Hombre-Dios, lo consideramos muriendo, pero muriendo como Dios, y probando su divinidad mas irrefragablemente con su muerte que con su vida.

Llevamos con nosotros al teatro de sus dolores á los niños cristianos, para conmoverles é instruirles. ¿Quién no desea volver á ver el lugar de su nacimiento? El Calvario fué nuestra cuna: venga allí el incrédulo y le convenceremos. Del Calvario descendemos con el Salvador al sepulcro, y desde allí seguimos hasta el limbo á aquel *muerto libre entre los muertos*, que predica el Evangelio á las bienaventuradas almas, haciendo brillar en su oscura morada la aurora de su libertad.

Pasados los tres dias anunciados por los Profetas, el Hijo del Eterno sale del sepulcro, triunfante del pecado y de la muerte, satélite del pecado. Entonces mostramos á sus enemigos confusos y reducidos á la extremidad de comprar á peso de oro el falso testimonio de los testigos dormidos. En seguida exponemos las principales pruebas de la resurreccion del Mesías, prenda de nuestra propia resurreccion y base de todo el Cristianismo: referimos sus varias apariciones y las pruebas á que su condescendencia se somete para convencer á los Apóstoles.

¹ Matth. v. 17.

² Ephes. ii. 20.

De lo dicho hasta aquí sacamos un argumento cuyas premisas son cuarenta siglos de promesas, de figuras, profecías y preparaciones exactamente cumplidas en Nuestro Señor Jesucristo, y cuya consecuencia necesaria es la divinidad del Salvador.

Además, con el exámen de los hechos exteriores demostramos que Nuestro Señor es verdaderamente el Mesías prometido al género humano y esperado por todos los pueblos.

Uno de estos hechos es que desde el nacimiento de Jesucristo la expectacion de un Mesías reparador del hombre, universalmente extendida, por confesion de los mismos incrédulos, cesa en todos los pueblos, excepto el judío. Pero, ¡cosa admirable! esta misma excepcion se convierte enteramente en favor nuestro; pues estaba formalmente predicho que cuando vendria el Mesías, los Judíos no le reconocerian¹; de suerte que si hubiesen reconocido por tal á Nuestro Señor Jesucristo, ya no seria el Mesías. Por manera que todo conspira á asegurar la certeza de su divinidad.

Otro de estos hechos es, que Nuestro Señor cumplió en toda su extension la mision del Mesías prometido, del Deseado de las naciones. En efecto, ¿qué debia hacer el Mesías? Una sola cosa, pero una cosa que lo comprende todo: *Quitar el pecado del mundo*², ó, como dijo el mismo Dios á la primera mujer: *Quebrantar la cabeza de la serpiente*.

Pues bien, nosotros demostramos que Nuestro Señor quitó efectivamente el pecado. *Con respecto á Dios*, prestó un homenaje infinito á su majestad y una satisfaccion infinita á su justicia: el pesebre y la cruz lo prueban evidentemente. *Con respecto al hombre*, fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, á fin de *quitar* una desobediencia infinita. *Con respecto á Dios y al hombre*, fué Dios y hombre, á fin de reunir del modo mas íntimo á aquellos á quienes el pecado habia separado.

Él reparó todas las consecuencias del pecado, la ignorancia, la concupiscencia y la muerte; en su persona el hombre ha conocido perfectamente á Dios, y ha sido perfectamente librado de la concupiscencia y de la muerte, y hoy dia reina triunfante en los cielos. En seguida mostramos la cabeza de la serpiente quebrantada, es decir, el imperio del demonio arruinado hasta sus cimientos por la doctrina y los milagros de Nuestro Señor; mientras llega el dia en que los Apóstoles, herederos de su poder y predicadores de su doctrina, vayan en su nombre á derribar los templos de los ídolos por toda la extension de la tierra. Todas estas verdades consignadas en la vida de Nuestro Señor son hechos históricos, y, como dice el filósofo de Ginebra, los hechos de Jesucristo están mejor probados que los de Sócrates, que nadie pone en duda.

¹ Dan. ix, 26.

² Joan. i, 29.

2. EL MESÍAS NUEVO ADAN. — Así pues, el género humano ha sido y permanece perfectamente rehabilitado en la persona del Hombre-Dios; pero es necesario que cada uno de nosotros participe de esta rehabilitacion, porque del contrario Cristo no nos aprovechara de nada⁴. Aquí se presenta naturalmente la explicacion de una verdad fundamental, absolutamente necesaria para la inteligencia del Cristianismo⁵. Oigamos al mas sublime intérprete de los pensamientos divinos, al mas profundo escrutador de la obra de la redencion humana.

San Pablo no ve en el mundo mas que dos hombres, el primer Adan y el segundo, que es Nuestro Señor Jesucristo⁶. El primero representa el género humano degenerado, y el segundo el mismo género humano regenerado. La union de todo el linaje humano con su primer tronco le hizo culpable y desgraciado; su union con su segundo tronco le hará justo y dichoso. La union del linaje humano con el primer Adan fué una union completa⁴, aunque moral; por esto el hombre degeneró en todas las partes de su naturaleza.

¿Qué necesitamos, pues, para ser regenerados? Es necesario, responde el grande Apóstol, que *así como* trajimos la imágen del hombre terrestre, llevemos en nosotros mismos la imágen del hombre celestial, y que *así como nacemos* hijos del primer Adan por la participacion de su carne de pecado, *nos hagamos* hijos del nuevo Adan por la comunicacion de su espíritu y de su naturaleza divina⁵. De ahí la indispensable necesidad que todos tenemos de unir todo nuestro ser con el nuevo Adan⁶.

3. UNION DEL HOMBRE CON EL NUEVO ADAN. — La indispensable union que acabamos de indicar se realiza en la presente vida por medio de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad. « Estas tres virtudes, dice el » incomparable santo Tomás, son tres elementos que, sobreañadidos » á la naturaleza del hombre por la gracia del Redentor, lo elevan » como por tres grados á la union deífica, haciéndole, segun la » presion de san Pedro, participante de la naturaleza divina. La Fe » eleva la inteligencia y la enriquece con el conocimiento de ciertas » verdades sobrenaturales que la luz divina le revela. La Esperanza

⁴ Galat. v, 2.

⁵ « Toda la ciencia de la Religion, toda la fe cristiana, dice san Agustin, consiste propiamente en el conocimiento de los dos Adanes; lo que hemos heredado » del primero y lo que hemos recibido gratuitamente del segundo. La naturaleza » caída en Adan, la naturaleza reparada en Jesucristo, á esto se reduce toda la » Religion. » (*Del pecado original*, pág. 265.)

⁶ Rom. v; I Cor. xv; Ephes. iv. — Véase tambien el concilio de Trento arriba citado.

⁴ Omnes erunt unus Adam. (*S. Aug.*)

⁵ II Petr. i, 4; I Cor. xv, 49; Hebr. ii, 14; iii, 14.

⁶ Sicut fuit vetus Adam effusus per totum hominem et totum occupavit; ita

» eleva la voluntad, dirigiéndola á la posesion del bien sobrenatural
» que nos está prometido. La Caridad eleva el amor, encaminándolo
» á la union con el bien sobrenatural que es su supremo objeto ¹. »

Crear, esperar, amar, tales son tambien los tres actos fundamentales de la cooperacion que el nuevo Adan exige de nosotros para unirnos á sí. De aquí deriva efectivamente toda la economía de nuestra santificacion sobre la tierra y de nuestra glorificacion en el cielo. La Fe empieza nuestra union con Dios, la Esperanza la continúa, y la Caridad la acaba ². Tomando, pues, por tipo este resumen, tan profundo y luminoso á la vez, hemos dispuesto y enlazado las varias partes de la Doctrina cristiana ó del Catecismo propiamente dicho por el órden siguiente :

La Fe y su objeto, Dios, la misma verdad, y lo que Dios nos revela : el Símbolo.

La Esperanza y su objeto, Dios, la misma bondad, y lo que Dios nos promete; la gracia y la gloria; luego los medios de obtener la gracia; la Oracion y los Sacramentos.

La Caridad y su objeto, Dios, el sumo bien, y lo que Dios nos ordena, ya sea por sí mismo ó por medio de su Esposa : el Decálogo y los Mandamientos de la Iglesia.

Siguen despues las causas que rompen esta union divina : las pa-

modo *totum obtineat Christus qui totum creavit, totum redemit, totum et glorificabit.* (S. Bern. Serm. IV de Advent. n. 2 et 3.)

¹ Per virtutem perficitur homo ad actus quibus in beatitudinem ordinatur. Est autem duplex hominis beatitudo, sive felicitas. Una quidem proportionata humanæ naturæ, ad quam scilicet homo pervenire potest per principia suæ naturæ. Alia autem est beatitudo naturam hominis excedens, ad quam homo sola divina virtute pervenire potest, secundum quamdam divinitatis participationem, secundum quod dicitur, II Petr. 1, quod per Christum facti sumus consortes divinæ naturæ.

Et quia hujusmodi beatitudo proportionem humanæ naturæ excedit, principia naturalia hominis, ex quibus procedit ad bene agendum; secundum suam proportionem, non sufficiunt ad ordinandum hominem in beatitudinem prædictam; unde oportet quod superaddantur homini divinitus aliqua principia, per quæ ita ordinetur ad beatitudinem supernaturalem, sicut per principia naturalia ordinatur ad finem connaturalem; non tamen absque adjutorio divino: et hujusmodi principia virtutes dicuntur theologice: tum quia habent Deum pro objecto, in quantum per eas recte ordinamur in Deum; tum quia à solo Deo nobis infundantur; tum quia sola divina revelatione in sacra Scriptura hujusmodi virtutes traduntur.

Unde oportuit quod aliquid homini supernaturaliter adderetur ad ordinandum ipsum ad finem supernaturalem. Et primo quidem quantum ad intellectum adduntur homini quedam principia supernaturalia, quæ divino lumine capiuntur; et hæc sunt credibilia, de quibus est *fides*. Secundo vero est voluntas, quæ ordinatur in illum finem et quantum ad motum intentionis in ipsum tendentem, sicut in quod est possibile consequi, quod pertinet ad *spem*; et quantum ad unionem quamdam spiritualem, per quam quodammodo transformatur in illum finem, quod fit per *charitatem*. (P. 2, q. 52, art. 1 et 3.)

² Domus Dei credendo fundatur, sperando erigitur, diligendo perficitur. (S. Aug. Serm. XXXVII, t. I.)

siones y el pecado; luego los medios preservativos de este mal único : las virtudes contrarias á las inclinaciones viciosas del corazon humano.

Aquí era donde mas se hacia notar la necesidad de un plan perfectamente metódico. Hay entre todas las partes de la Doctrina cristiana relaciones íntimas, cuyo conocimiento derrama una gran luz sobre la enseñanza. Si por desgracia se ignoran, ó se comete la imprudencia de no tenerlas en cuenta, las materias y los capítulos del Catecismo se suceden sin órden racional : cada parte forma en cierto modo un todo aislado; el asunto que precede no tiene la trabazon necesaria con el siguiente; las verdades fundamentales no descuellan como deben, y aun algunas veces aparecen en segundo término; en una palabra, la enseñanza pierde el vigor y la claridad por falta de un encañamiento lógico. Desde entonces el niño ya no sabe á dónde va, y su memoria fatigada olvida prontamente unas doctrinas entre las cuales no observa mas conexión ni armonía que entre un puñado de agujas arrojadas sobre una mesa.

La primera ventaja del plan que hemos seguido es la de obviar este inconveniente;

La segunda es la de poner en el lugar preferente que les corresponde las tres grandes virtudes del Cristianismo, la fe, la esperanza y la caridad, dándolas á conocer como las tres fuentes de la salvacion, ó como los principales estribos en que se apoya todo el edificio de la Religion;

La tercera ventaja de este plan es la de ser tan sencillo como fecundo; pues que comprende sin esfuerzo todas las partes de la Doctrina cristiana, cada una de las cuales ocupa naturalmente el lugar que le señala la lógica, como las diversas piezas de un buen mosaico en una copia de Rafael ó de Miguel Ángel;

La cuarta es la de ser seguro. Hanle seguido, entre otros, Belarmino en el Catecismo de Roma, aprobado solemnemente por varios Sumos Pontífices ¹. El sabio Cardenal seguía en esto el dictámen de san Agustin, el cual queria tambien que la enseñanza de la Religion estuviese totalmente cimentada en la fe, en la esperanza y en la caridad, « triple condicion, como dice el gran Doctor, que nos hace ingresar en la república divina ². »

¹ Entre otros, Clemente VIII, en 15 de julio de 1593, y Benedicto XIII, en 17 de agosto de 1728.

² Quidquid narras ita narra ut ille cui loqueris audiendo credat, credendo speret, sperando amet... divinam cælestemque rempublicam, cui nos cives adsciscit fides, spes, charitas. — Quando omnis terra cantat canticum novum, domus Dei est. Cantando ædificatur, credendo fundatur, sperando erigitur, diligendo perficitur, modo ergo ædificatur: sed in fine sæculi dedicatur. (De Catech. rud.; Epist. class. III, t. II, pág. 622; Serm. XXVII, t. V, pág. 206, c. 1.)

Así pues, lo repetimos con satisfacción: *en cuanto al plan general*, seguimos á san Agustín; *en cuanto al plan secundario*, á san Agustín y á Belarmino; tales son los dos maestros que nos proponemos imitar. Ahora pasemos á ampliar las ideas expuestas.

4. UNION DEL HOMBRE CON EL NUEVO ADÁN POR MEDIO DE LA FE. — Esa admirable economía del Cristianismo que acabamos de exponer, esas condiciones indispensables de nuestra salvación fueron el particular objeto de la conversacion del Salvador con los Apóstoles en los cuarenta días que transcurrieron desde la Resurrección hasta la Ascension. Entonces fué cuando les comunicó la inteligencia de las Escrituras y les descubrió plenamente los secretos del reino de Dios⁴. Por eso ponemos en esta época la explicación circunstanciada de toda su doctrina.

El Salvador no se contentó con decir en general: *El que no creyere será condenado*; sino que descendiendo á los pormenores, enseñó á sus Apóstoles todas las verdades que debían predicar al mundo y que el hombre debía creer para unirse á su Redentor, á fin de participar del

Belarmino apoya su plan en el último texto de san Agustín; pero modifica un poco la idea del santo Doctor, que nosotros hemos adoptado en toda su sublime sencillez. Así Belarmino pone los *Sacramentos* en un título particular, haciendo de ellos un todo aparte, en lo que se separa de san Agustín. Como medios de alcanzar la gracia, nosotros los comprendemos bajo el título de la Esperanza, donde el propio Belarmino coloca la *Oración*, que es otro de dichos medios. Por lo demás, hé aquí las palabras textuales del ilustre príncipe de la Iglesia: *Le parti principali più necessarie di questa dottrina sono quattro; cioè il Credo, il Pater noster, i dieci Comandamenti, ed i sette Sacramenti.*

Perché sono quattro nè più nè meno?

⁴ Perché tre sono le virtù principali, *fede, speranza e carità*. Il Credo è necessario per la *fede*, perché c' insegna quello che abbiamo da credere. Il *Pater noster* è necessario per la *speranza*, perché c' insegna quel che abbiamo da *sperare*. Li *dieci Comandamenti* sono necessari per la *carità*, perché c' insegnano quello che abbiamo da fare per piacere a Dio. I *Sacramenti* sono necessari, perché sono gli stromenti con i quali si ricevono e conservano le virtù, le quali abbiamo detto esser necessarie per salvarsi.

Santo Agostino *Serm. 20, de verb. Apost.* (vetus edit.), ci dà la similitudine della casa: perché, siccome per fare una casa è necessario mettere prima il fondamento, e poi alzare le mura, e alla fine coprirla con il tetto, e per fare queste cose ci bisognano alcuni istrumenti; così per fare nell' anima l' edificio della salute, ci bisognano il fondamento della *fede*, le mura della *speranza*, il tetto della *carità*, e gli istrumenti che sono i santissimi Sacramenti. (*Dottrina crist. c. 1, p. 7, 8, 9.*) — Vese, pues, que el sabio Cardenal modifica la idea de san Agustín, puesto que divide la Doctrina en cuatro partes, cuando san Agustín solo la divide en tres. Por lo demás, ya se ve que esta modificación no altera en lo mas mínimo la division fundamental de la misma Doctrina.

⁴ Tal es también el parecer de san León: « Non ergo ii dies qui inter resurrectionem Domini ascensionemque fluxerunt, otioso transiere decursu, sed magna in his confirmata Sacramenta, magna sunt revelata mysteria. » (*Serm. I de Ascens.*)

beneficio de su redención. Los Apóstoles formaron un compendio de todas esas verdades.

En este lugar, después de haber manifestado la necesidad de la fe, damos la explicación del Símbolo católico. Allí es donde están resumidas todas las verdades fundamentales de la Religión y de la filosofía humana.

Dios, uno en esencia y trino en personas: el Padre, y la obra de la creación y el gobierno del mundo; el Hijo, y la obra de la redención; el Espíritu Santo, y la obra de la santificación; y como consecuencia de esto la Iglesia con su magnífica jerarquía y su constitución inmortal;

El *hombre*, misterioso compuesto de dos sustancias, criado en estado de inocencia y de bondad, degradado por su culpa, sometido á una prueba de rehabilitación, provisto de todos los medios necesarios para recobrar con creces su perfección primitiva, y obligado á dar cuenta, terminada que sea su prueba, del uso que haya hecho de aquellos medios: felicidad ó desdicha sin vicisitud y sin fin; alternativa inevitable que le aguarda después del juicio divino;

El *mundo*, criado por Dios, gobernado por las leyes de una Providencia universal, y destinado á pasar por el fuego el día designado por aquel que lo sacó de la nada.

Hé aquí en pocas palabras lo que el Símbolo católico nos revela sobre cuanto puede ser objeto de nuestros conocimientos, Dios, el hombre y el mundo.

Para comprender toda la sublime sencillez de este Símbolo, compáresele con los de la multitud de sectas que han aparecido sucesivamente en la tierra. Obsérvese en particular (lo que hasta ahora no se ha notado suficientemente), como cada uno de sus artículos pulveriza una ó varias de las teorías soñadas por los filósofos paganos sobre Dios, el hombre y el mundo, y resucitadas con tan poco rubor por los impíos modernos. Cada palabra es un rayo de luz que disipa una parte de las tinieblas que oscurecían el entendimiento humano desde la caída original, y el conjunto de todos estos rayos forma el sol de la verdad, delante del cual desaparecen todas las tinieblas, así como las sombras de la noche se disipan en presencia del astro del día.

Examínese con imparcialidad el Símbolo católico, y dígame si puede darse cosa mas completa, mas venerable, útil y consoladora.

Pueblos modernos, vosotros que tan ufanos estais de vuestra ciencia, sabed que sois deudores al Símbolo católico de toda vuestra superioridad intelectual con respecto á las naciones paganas antiguas y modernas: á él es á quien debéis la preservación de los crasos errores y de las infames supersticiones que deshonoraban al Senado y al Areopago. Él es el que ha reemplazado el dogma desconsolador del ciego destino y de la inexorable fatalidad con la dulce esperanza en una

Providencia universal que gobierna el mundo y vela sobre el hombre, así como el hombre vela por la niña de sus ojos. ¡ Dígasenos ahora si los dogmas cristianos son inútiles ó contrarios á la razon !

El Símbolo es la verdad , de donde se sigue que el entendimiento que lo acepta y lo conserva , recibe alguna cosa de Dios ⁴. Los divinos pensamientos del nuevo Adan reemplazan nuestros pensamiento humanos , triste herencia del primer Adan : de este modo se realiza nuestra union, ó mejor nuestra transformacion intelectual en el Redentor. Bajo este primer respecto todo creyente puede decir : Ya no vivo yo, hijo del viejo Adan, sino que vive Jesucristo en mí.

5. UNION DEL HOMBRE CON EL NUEVO ADAN POR MEDIO DE LA ESPERANZA. — Acabamos de ver cuán magnificas son las operaciones de la fe con respecto á la *inteligencia*. Anticipándose á lo presente, esta mensajera de la eternidad trae al peregrino del tiempo la sustancia de las cosas futuras ²; le descubre nuevos cielos y una nueva tierra; le hace ver en Dios, no solo el autor de la naturaleza, sino tambien su Padre, su Redentor y su fin; le revela su origen y su destino; le traza el camino, y con su fuerza todopoderosa le sostiene hasta el término de su viaje. Elevada por ella á un nuevo ser, la inteligencia ya no puede desear mas que la clara vision de las verdades que ha adquirido ³.

Sin embargo, la fe por sí sola no basta para perfeccionar nuestra union con el nuevo Adan; para esto es necesario el concurso de la esperanza. En efecto, el hombre no solo es inteligencia, sino tambien *voluntad*; de consiguiente esas realidades futuras, esos bienes del mundo sobrenatural, so pena de ser, mejor que un beneficio, un horroroso tormento, no pueden ser objeto de una contemplacion ociosa, como no puede serlo el tesoro que se ofrece á la codicia del avaro, ni la comida que se pone á la vista del hambriento. Es necesario, pues, que sean accesibles á la voluntad, y esto se consigue por medio de la esperanza.

Elevando la voluntad por encima de los bienes perecederos de la vida, la esperanza pone á Dios, los nuevos cielos, la nueva tierra de la eternidad, los medios de alcanzarlos, en una palabra, la sustancia de todos los bienes futuros, al frente de todas sus aspira-

⁴ Lex tua veritas. (*Psalm.* cxlii.) — Non minus est verbum Dei quam corpus Christi. (*S. Aug. in Gen.*)

² Est autem fides sperandarum substantia rerum argumentum non apparentium. (*Hebr.* xi, 1.) — Santo Tomás explica estas palabras del modo siguiente: Res sperandæ sunt sicut arbor in semine virtute latens, ac per fidem quodammodo jam existunt in nobis. Véase tambien *Corn. à Lapid. in Epist. ad Hebr.* xi, 1.

³ Participes enim Christi effecti sumus, si tamen initium substantiæ ejus retineamus. (*Id.* iii, 14.) — Initium substantiæ vocat fidem, per quam primo cæpimus quasi subsistere in substantia spiritali et divina, factique sumus divinæ consortes naturæ. (*Corn. à Lapid. in Hebr.* iii, 14.)

ciones, de todas sus empresas, de todos sus movimientos ². Es una reina llena de inmortalidad que ennoblece todos los deseos del hombre, le sostiene en sus continuos combates, consuela sus dolores, é inflama su alma; es el carro de fuego de Elías que nos transporta á las mas altas regiones aéreas, nos arrebatá á nosotros mismos, y nos mantiene suspendidos entre el cielo y la tierra, entre el tiempo y la eternidad: tales son las propiedades y los efectos de la esperanza. Ella diviniza nuestra voluntad, dándole un objeto y unas aspiraciones divinas. Bajo este otro respecto, el cristiano puede decir igualmente: Ya no vivo yo, hijo del viejo Adan, sino que vive Jesucristo en mí.

Entre los medios de alcanzar la posesion de los bienes sobrenaturales que la esperanza ofrece á la ambicion del hombre iluminado por la fe, hay uno que comprende todos los demás; este medio es la gracia, la gracia que con tanta exactitud se ha definido diciendo que es el principio de la gloria ³.

En efecto, ya hemos visto al principio de nuestras lecciones que el hombre fué criado en un estado sobrenatural, es decir, que fué destinado á gozar de una felicidad superior á la que requerian las condiciones de su simple naturaleza. Hemos visto tambien que el pecado le hizo decaer de su estado primitivo, y que Jesucristo le restableció en él, es decir, le restituyó el derecho de ver á Dios cara á cara en el cielo, y le obtuvo los medios por los cuales pudiese merecerlo. Por esto la Religion, destinada á conducirle á esa felicidad sobrenatural, es una *gracia*, un don gratuito, una magnífica limosna. De lo dicho se infiere evidentemente que el hombre con sus solas fuerzas naturales no puede llegar á alcanzar la triple union con el nuevo Adan, de que hemos hablado: para esto necesita indispensablemente la *gracia*. Si esta era necesaria al hombre aun antes de su desobediencia, porque el estado en que fué criado era *sobrenatural*, con mucha mas razon debe necesitarla desde que decayeron y se debilitaron sus fuerzas por efecto del pecado original ³. De consiguiente la gracia es el grande objeto de la esperanza.

⁴ Merito Apostolus fidem sperandarum rerum substantiam esse definit, quod videlicet non credita nemo sperare plusquam super inane pingere possit. Dicit ergo fides: parata sunt magna et inexcoGITabilia à Deo fidelibus suis. Dicit spes: mihi illa servantur. Nam tertia quidem charitas: curro, mihi ait, ad illa. (*S. Bern. Serm.* I, in *Psalm.* xc.)

² Gratia nihil aliud est quam quædam inchoatio gloriæ in nobis. (*D. Thom.* p. 2, q. 4, art. 3 ad 2.)

³ Dicendum quod homo post peccatum ad plura indiget gratia, quam ante peccatum, sed non magis; quia homo etiam ante peccatum indigebat gratia ad vitam æternam consequendam, quæ est principalis necessitas gratiæ. Sed homo post peccatum super hoc indiget gratia, etiam ad peccati remissionem, et infirmitatis sustentationem. (*D. Thom. Summ.* p. 1, q. 93, art. 4 ad 1.) — Quia et divina

Ahora bien, la gracia, ese auxilio poderoso, universal, concedido en consideracion á los méritos del nuevo Adán; la gracia por la que Dios se abaja y se hace presente al hombre, y por la que el hombre, fortificado é iluminado, se eleva nuevamente á su estado sobrenatural y ejecuta los actos propios de este estado; la gracia, decimos, se obtiene con dos grandes medios, la Oracion y los Sacramentos. La Oracion, poder misterioso que aproxima la criatura á su Criador, es una condicion necesaria de la union sobrenatural del hombre con Dios. De aquí dimana la perpetuidad de la Oracion, no interrumpida en ningun pueblo desde el principio del mundo. De ahí aquel precepto con que el nuevo Adán expresa la necesidad de este acto fundamental de la Religion: *Es menester orar siempre, y no cesar nunca*; precepto positivo y negativo á la vez, que por consiguiente obliga *semper et pro semper*, segun la expresion de la teología católica; verdad tan palpable como esta: Para vivir es menester respirar siempre, y no cesar nunca.

Ya se deja entender que nosotros tomamos aquí la Oracion en su significado mas general¹. Por esto decimos que la Oracion es el alma y la vida del Cristianismo: por esto tambien, para los primeros cristianos, Oracion y Cristianismo eran dos palabras sinónimas, de manera que para ellos un cristiano era un hombre que oraba². ¡ Cosa admirable! esta idea tan exacta ha cundido naturalmente en los pueblos salvajes del Nuevo Mundo, en cuya lengua el Cristianismo se llama, no la Religion, sino la Oracion: ser de la Oracion, abrazar la Oracion, quiere decir ser ó hacerse cristiano.

En seguida pasamos á tratar de la Oracion propiamente dicha. San Agustin, con su corazon tiernísimo, su elevado ingenio y su gran penetracion, se une á Tertuliano y á san Cipriano, para explicar en nuestro Catecismo la mas bella de las oraciones, la *Oracion dominical*.

El segundo medio de alcanzar la gracia son los Sacramentos. Para corresponder á lo que exigia la doble naturaleza del hombre, uniendo su alma y sus sentidos al Redentor; para conservar al hombre en la humildad, condicion permanente de su rehabilitacion, poniéndole á la vista la omnipotencia de aquel á quien, tanto en el orden de la gracia como en el de la naturaleza, bastan los mas pequeños medios para ejecutar las mas grandes cosas; para socorrer todas las necesidades de nuestra vida sobrenatural, Dios, en su profunda sabiduría,

gratia Dei sit et largitio quodammodo ipsius divinitatis. (*Cassian. De Incarn. Chr. lib. II, c. 6.*) — Sic igitur per hoc, quod dicitur homo gratiam Dei habere, significatur quiddam supernaturale in homine à Deo proveniens. (*Divus Thom. Summ. p. 1, q. 110, art. 1.*)

¹ « Orar siempre, dice san Agustin, es procurar siempre agradar á Dios. »

² Ecce enim orat. (*Act. ix, 11.*)

instituyó los Sacramentos. Como señales sensibles, ellos cautivan al hombre exterior, haciéndole palpables, en los elementos que les sirven de materia, los efectos maravillosos que producen en el hombre interior; como señales sagradas, revelan en el orden sobrenatural el soberano imperio de aquel que reina como dueño absoluto en el orden natural; como señales permanentes y variadas, contribuyen á la conservacion y perpetuidad de la vida del alma, del mismo modo que las criaturas y las leyes físicas cooperan incesantemente á la conservacion y perpetuidad de la vida del cuerpo. ¡ Pasmosa armonía que pone en evidencia el dedo de Dios y las íntimas relaciones establecidas entre la naturaleza y la gracia por aquel que es autor de una y otra!

En efecto, siete cosas son necesarias al hombre para vivir la vida natural, para conservarla y emplearla útilmente: es necesario que nazca; es necesario que crezca; es necesario que se alimente; es necesario que se cure; es necesario que repare sus fuerzas; es necesario que haya magistrados revestidos de la autoridad conveniente para asegurar el orden y procurar el bien público; es necesario, por último, que se perpetúe. Todas estas cosas son tambien necesarias á la vida espiritual y explican la naturaleza y el número de los Sacramentos.

El Bautismo nos hace nacer en el nuevo Adán.

La Confirmacion nos hace creer.

La Eucaristía nos alimenta.

La Penitencia nos sana.

La Extremauncion renueva todas las fuerzas del alma para el pos-trer combate.

El Orden da magistrados á la sociedad cristiana.

El Matrimonio la perpetúa, perpetuando los fieles.

Á esta primera conformidad se añade otra no menos estupenda. Así como en el firmamento todos los astros gravitan hácia el sol, así todos los Sacramentos gravitan hácia el mas augusto de todos, que es la Eucaristía. « La Eucaristía, dice santo Tomás, es el fin de » todos los Sacramentos, porque todos tienen relacion con ella, todos » encuentran en ella su perfeccion⁴. » El Bautismo nos dispone para

⁴ Eucharistia est quasi consummatio spiritualis vitæ, et omnium Sacramentorum finis. Per sanctificationes enim omnium Sacramentorum fit præparatio ad suscipiendam vel consecrandam Eucharistiam. (*P. 3, q. 73, art. 3.*)

Sacramentum Eucharistiæ est potissimum inter alia Sacramenta... nam in sacramento Eucharistiæ continetur ipse Christus substantialiter. In aliis autem Sacramentis continetur quædam virtus instrumentalis participata à Christo... Semper autem quod est per essentiam potius est quam quod est per participationem. Insuper omnia alia Sacramenta ordinari videntur ad hoc Sacramentum sicut ad finem. Manifestum est enim quod sacramentum Ordinis ordinatur ad Eucharistiæ consecrationem: sacramentum vero Baptismi ordinatur ad Eucharistiæ receptionem: in